

## GERMINAL

ORGANO DE LA UNION NACIONAL

AÑO II }

LIMA, JUEVES 4 DE SEPTIEMBRE DE 1902

{ N. 49

Lo que debemos esperar  
y lo que conviene hacer

## I

Rotos los vínculos de demócratas y civilistas, queda definida la situación: vamos á presenciar el hundimiento de don Nicolás de Piérola y la elevación de don Manuel Candamo.

¿Merecen caer los demócratas? Ningún hombre honrado puede contestar que nó. De ellos fué la República desde 1895 hasta 1899; cuatro años dispusieron de la suerte del país, casi sin oposición, y en todo este tiempo no realizaron el más pequeño bien. Estuvieron en mejores condiciones que Cáceres después del derrocamiento de Iglesias para satisfacer nuestras necesidades. Mal que bien, algo existía el 17 de Marzo de 1895; en cambio, el 1.º de Diciembre de 1885 la nación semejava el caos; pero, al igual que Cáceres, Piérola defraudó nuestras esperanzas.

Pocas veces fué tan intenso el anhelo del país por la reforma como en 1895. Cayó entonces un régimen oprobioso é intolerable por su rapacidad, sus liberticidios y su cinismo; y para producir esta caída, no hubo fuerza que dejara de actuar. Hasta los enemigos encarnizados de Piérola, aquellos que nunca transigirán con él, estimaban necesario el hundimiento de Cáceres, y si no cooperaron efectivamente al triunfo de la coalición, no sirvieron de ningún modo los intereses de la tiranía y aún protestaron de las violencias y crímenes de ese vergonzosísimo período. Allí está nuestra *Carta política*.

Piérola encontró en el Perú cuanto puede desear un caudillo para hacer la felicidad de su patria. Le rodeaban todas las agrupaciones políticas, le quería una porción considerable del pueblo, contaba con medianos recursos y no tenía que hacer frente á ningún problema pavoroso, pues hasta el rela-

tivo á Tacna y Arica no presentaba síntomas alarmantes. ¿Cuál fué, sin embargo, su conducta? Escarneció la libertad del sufragio por medio de la *Comisión Mixta*; perfeccionó el sistema de las *juntas de notables*, con mengua del decoro y progreso de las ciudades; aniquiló la descentralización administrativa, á despecho de la voluntad y conveniencia de los Departamentos; limitó el derecho de asociación, el único que carecía de cortapisas; saqueó imprentas; encarceló escritores; autorizó matanzas inicuas; centuplicó los gravámenes; impuso una ley de elecciones tan páfida como la de Valcárcel; gobernó sin presupuesto; malversó los caudales públicos; ejerció venganzas ruines; encumbró á traidores y rufianes; sostuvo el despotismo de sus autoridades, y pisoteando todos los principios y todas las virtudes cívicas, fabricó la presidencia del señor Romána.

Apesar de estos hechos, Piérola sería menos aborrecible si no hubiera continuado escarneciendo la libertad del sufragio; pero nadie puede citar un solo abuso que haya dejado de cometer el partido demócrata por medio de la Junta Nacional. Allí no se ha respetado nada; allí ha prevalecido, sobre todo, la concupiscencia de la bandería pierolista; allí se incubó el germen de la degradación que bulle y se pavonea en la Cámara de Diputados. Si los adversarios más recalcitrantes del pierolismo hubieran dirigido la labor de la Junta Nacional con el único propósito de desacreditarla y hacerla odiosa, no habrían actuado de peor manera que los parientes, correligionarios y domésticos del caudillo demócrata. De una institución esencialmente mecánica, formaron un cuerpo deliberante, y de lo que pudo y debió ser garantía del sufragio, hicieron un patíbulo electoral. Ellos mismos gimen hoy bajo el peso de sus iniquidades; y aunque desearían y hasta han pugnado por seguir en la tarea de elaborar representantes, no se niegan á reconocer su desprestigio y la repulsión que inspiran. Así lo demuestra el

proyecto de reforma de la Junta insinuado al civilismo. Ahora, que todos les repudian y execran, la echan de puritanos, no se resisten á tener censores y claman por el cumplimiento de la ley para resguardar sus intereses. En otras circunstancias y con otros antecedentes, el pensamiento de los demócratas habría contado con el apoyo de la nación entera, y tanto el Gobierno como el civilismo habrían tenido que ceder. Hoy, por mucho que los pierolistas decanten la honradez de su plan, no despiertan la más insignificante simpatía: el país continúa temiéndoles y detestándoles. Sobre las palabras y los arrepentimientos de última hora, están los hechos y las abominaciones de treinta años. Ni derecho á quejarse poseerían los demócratas si Romaña clausurara la Junta: ¿no perpetraron ellos un atentado semejante para imponer la candidatura de ese hombre?

Si los delitos y crímenes de la Junta Nacional han profundizado el descrédito de Piérola, la ineptitud y envilecimiento de los representantes demócratas en el Congreso han hecho irremediable su caída. ¿Que le debe el país á esa gente? ¿Dónde la ley regeneradora? ¿Dónde el pensamiento levantado y purificador? ¿Dónde la honradez de principios? ¿Dónde la hombría de bien? ¿Dónde el propósito sincero de servir á la Nación? Lo que hoy vemos ¿no es la consecuencia natural y lógica de la falta de rectitud de los demócratas? ¿Por qué dejaron impunes la inescrupulosidad y el cinismo del Ministerio Almenara? ¿Por qué no apoyaron el voto de censura propuesto por los liberales para castigar moralmente á los encubridores de la matanza de Pazul? Ni sus fueros han sabido defender los demócratas: el Gobierno, siempre que le pareció conveniente, les hizo entender que no le merecían ni consideración ni respeto, y nunca rechazaron la ofensa personal y el avance autoritario del Presidente y sus Ministros. Hasta la posición en que se han colocado ¿qué revela? Carencia absoluta de tino político é irritante deseo de llegar al fin en cualquier forma. El voto de desconfianza—cuya legalidad ó ilegalidad no discutimos—debió ser de censura, para infligir algún correctivo á quienes no tienen vergüenza ni patriotismo suficientes para rechazar la compañía del individuo llamado por todos *el traidor de Arica*. A las conferencias con el civilismo han podido ir los demócratas como invitados, nunca como iniciadores. En el primer caso habrían tenido derecho para sostener su actitud, si la creían realmente provechosa para la Nación; en el segundo caso, lo único

que han revelado es el propósito de obtener un acomodamiento benéfico para sus intereses. A falta de fuerza para imponerse, han recurrido á la astucia para conservar los últimos restos de su preponderancia en la Cámara de Diputados.

A todas estas causas, que justifican el derrumbamiento de los demócratas, conviene añadir la tenacidad con que desea Piérola volver á la Presidencia de la República. El Perú, que no es feudo de ningún partido ni patrimonio de ningún hombre, se resiste á admitir herencias forzosas en el poder. Hoy se repite la situación de Cáceres con Morales Bermúdez: Piérola impuso á Romaña para sucederle en el mundo, como Cáceres elevó á Morales Bermúdez para tener seguro su regreso al gobierno. Si el pierolismo se niega á entender que la reaparición de su jefe en la magistratura suprema será un grito de guerra en toda la República, talvez conviene hacérselo comprender á viva fuerza. Nunca abogaremos por el exterminio material de ninguna facción y mucho menos por el imperio de las brutalidades del Ejecutivo; pero ¿cómo negar que los demócratas merecen ser tratados con violencia? ¿No azuzaron ellos á las turbas para destruir la oposición de Durand? ¿Tuvo entonces el Presidente de la Cámara de Diputados la menorgarantía para el ejercicio de sus funciones? ¿Con que título, pues, se quejarían los demócratas si Romaña les hiciera apedrear por soplores y genzaros? En política, como en todo, no es dable hacer males y esperar bienes, ni medir á los adversarios con la vara que no quisiéramos para nosotros.

Por desgracia, el derrumbamiento de los demócratas es la vivificación del civilismo; y ¿qué hombre de bien puede desearla? El partido civil une á sus propias culpas las de Cáceres y Piérola. Fué consejero de la tiranía de 1885 y áulico de la dictadura de 1896. ¿En qué ignominia, en qué iniquidad de Cáceres y Piérola dejan de figurar los civilistas? El encumbramiento de Candamo significará, pues, el predominio de los hombres que labraron grandes fortunas con la muerte del billete, el triunfo del contrato Grace y la explotación del Fisco en las compañías recaudadoras; de los hombres que solicitaron y aplaudieron la mutilación del Congreso de 1889; de los hombres que no tuvieron una palabra de protesta para asesinatos cobardes como los de Tebes, Huanta y el Guayabo; de los hombres, en fin, que hoy mismo nos escandalizan con legicidios semejantes al desafuero de Llosa y á la incorporación de senadores apócrifos como los de Amazonas. Para los civilistas nada vale la libertad; la

personal fué escarnecida, á solicitud de ellos, con la prisión de Piérola en 1890; la de asociación fué brutalmente reprimida por el Ministerio matador del billete; la de imprenta fué pisoteada por los sostenedores del contrato Aspíllaga—Donoughmore y acaba de sufrir, en la persona de Tassara, la tremenda y feroz acometida de los redactores de *El Comercio*.

Sin remontarnos mucho: el gobierno de Romaña nos ofrece la medida de lo que será el de Candamo. Con el Gabinete Almenara tuvimos el despilfarro de la hacienda pública; con el Ministerio Chacaltana, el encubrimiento de los crímenes de Pazul. Cuando el civilismo no se detenga, como á veces se detiene hoy, ante el espantajo presidencial ¡qué horrores no cometerá! Su sistema es el exclusivismo en todo: quien no está con él, sucumbe irremisiblemente. Ideal ninguno norma la conducta del partido civil. Es una asociación personalista, un círculo de usuarios y negociantes. ¿En qué época nos revelaron sus dotes administrativas, sus anhelos reformadores? No conocen la moral política: fraternizaron con Valcárcel, *después de la noche pavorosa*; se reconciliaron con Piérola, *después del encarcelamiento de 1890*; viven hoy á pan y manteles con Cáceres, *después del 17 de Marzo*.

Lo más grave en la ascensión de Candamo es el apoyo que le prestará el Gobierno. Ya sabemos cómo entiende Romaña el ejercicio del poder cuando lucha con algún obstáculo. Ese hombre tiene la felonía de los cobardes: allí están las matanzas de Lima y Mollendo. Su rompimiento con Piérola indica claramente que es capaz de todo para imponer el triunfo de Candamo. Ese rompimiento sería honroso si se hubiera basado en el deseo de destruir las malas obras de Piérola; pero ¿qué hay en el actual Gobierno que le diferencie del anterior? Vemos los mismos errores, las mismas culpas, la misma ineptitud en todo y por todo: se diría que Piérola no ha cesado en la Presidencia de la República. Lo único nuevo, enteramente nuevo, propio de Romaña, es la deslealtad con el hombre que le sacó de la nada para obsequiarle el poder. Así lo cree, así lo proclama la Unión Nacional, porque el odio á Piérola no la ciega hasta el punto de hacerle estimar como digno este ultraje á los deberes de la caballerosidad. Una cosa es que Romaña no sea doméstico de Piérola ni siga sus inspiraciones, y otra cosa muy distinta que coopere con el civilismo al derrumbamiento del partido demócrata. Cualquiera, menos él, tiene derecho para aborrecer á Piérola.

Y si es grave la ingerencia del oficialismo en la candidatura de Candamo, es terrible la intervención de Cáceres y Valcárcel en la próxima lucha electoral favorable al civilismo. Después de la victoria ¿qué recompensa obtendrán esos hombres? ¿Volverá Cáceres á ofender el sentimiento público con sus latrocinios y maldades? ¿Resucitará ese oprobio llamado *Círculo Parlamentario*? ¿Se valdrá de Cáceres el civilismo para ahogar en sangre á la oposición? ¿Utilizará á Valcárcel para reducir á polvo la libertad del sufragio y exterminar á los caídos? Si solo es un peligro el civilismo, acompañado de Cáceres y Valcárcel es un horror.

En resumen ¿qué debemos esperar? Una racha de inmoralidades, torpezas y violencias.

## II

¿Qué conviene hacer? Luchar por el bien.

Pocos ó muchos ¡no importa! los hombres honrados necesitan oponer sus ideales al avance del personalismo. Cuando se sostiene una bandera inmaculada, poco significa el número de los contrarios. La verdad se abre paso siempre; y si se combate con energía, es posible despertar la conciencia de los indiferentes ó escépticos.

Llevamos casi un siglo de discordias bizantinas; rápidamente perdemos riqueza y vitalidad en esta continua batalla de caudillos contra caudillos y ambiciosos contra ambiciosos. Nunca en el fragor de nuestras querellas hubo choque de principios; siempre oímos el estallido, más ó menos siniestro, de intereses particulares. Hasta en la guerra con Chile ¡qué influencia tan desastrosa no tuvieron los apetitos desordenados de las banderías sin programa! ¿Por qué sucumbió el ejército del Sur? ¿Por qué se dió vida al Gobierno de la Magdalena? ¿Por qué no venció Cáceres en Huamachuco?

¿Qué representamos, qué valemos? Representamos la anarquía. Entre nosotros la mayor duración del orden público llega á cuatro años. Es el tiempo preciso para que estalle la voracidad de las facciones ó se haga intolerable el despotismo de los mandatarios. Los de abajo pugnan por subir; los de arriba se esfuerzan por perpetuarse: el hambre domina á todos. Y cada vez son más terribles nuestras revoluciones: ya no nos conformamos con matar; ahora matamos y robamos. La más insignificante de nuestras guerras civiles cuesta millares de existencias y enriquece á los jefes de las pandillas. Lo que valemos lo dicen bien claro la pérdida de Iquique y Tarapacá, el cautiverio de Tacna y Arica y las usurpaciones territoriales de ecuatorianos, bolivianos y bra-

sileños. Allí están el Acre, el Madre de Dios y el Ayaviri.

¿Qué efecto ha producido el caudillaje en el espíritu de la juventud? Le ha deformado moralmente. Ya no le seducen las virtudes cívicas; ya no siente la necesidad de ir por la línea recta, de dar ejemplo de perseverancia en el bien, de ser un modelo de republicanismos. En la Universidad ¿luchan los jóvenes por el triunfo de las doctrinas liberales? En la política ¿escuchan la voz de los que propagan ideales superiores? Envejecida prematuramente, nuestra juventud se unce con facilidad al yugo de Cáceres, Valcárcel, Piérola ó Candamo. ¿A cuál de estos caudillos le falta la adhesión de un grupo más ó menos numeroso de jóvenes?

En manos del personalismo ¿á qué ha quedado reducido el pueblo? Es una mercancía, algo que se compra, algo que se cotiza en la bolsa política. No le dan escuelas: le corrompen en los clubs; no le proporcionan trabajo: le aniquilan á contribuciones; no le reconocen derechos: le abalean cuando pide justicia ó reclama el castigo de algún crimen.

Pocas veces se ha presentado con mayor claridad que ahora la urgencia de aniquilar el *caciquismo*. No puede ser más triste el espectáculo que ofrecemos al mundo. Todo presagia la muerte ingloriosa de nuestra nacionalidad. El Gobierno y una porción del Congreso se repelen; en las Cámaras reinan el desconcierto y el odio de bando á bando; los partidos se aprestan á un pugilato de caníbales; en la nación prevalece el escepticismo de los mejores elementos; en pocas palabras, marchamos á la ruína.

¿Qué se necesita para libertarnos de tanto oprobio? Adquirir el convencimiento de que sólo es noble y fecunda la lucha por principios y formar el vacío alrededor de los caudillos. Si pueblo, juventud y escépticos acometieran esta obra, bien pronto veríamos lo que nunca nos harán ver las facciones personalistas: el resurgimiento del Perú.

¿Qué nos ofrece Piérola? Otros cuatro años de desgobierno y autoritarismo. ¿Qué nos promete Candamo? La subsistencia de las iniquidades que han hecho aborrecible el período de Romaña, desde la inescrupulosidad en el manejo de los fondos públicos hasta la degradación de la magistratura en el nombramiento de vocales de la Junta Electoral. ¿Qué nos fascina en Cáceres y Valcárcel? Ambos representan lo mismo: la sed de oro y de sangre.

Lo más doloroso es la impotencia á que el caudillaje nos reduce en el orden internacional. Poco valdría la imposición de cual-

quier partido si conserváramos vitalidad para las luchas del porvenir. El aliento que malgastamos en nuestras rencillas berberiscas deberíamos guardarle para defender nuestros derechos en el exterior; el dinero que derrochamos en empresas gitanescas, bastante falta nos hace para atraer inmigrantes, abrir caminos y fundar escuelas.

Cada día, cada minuto de personalismo en el Perú, es un año de engradecimiento para nuestros enemigos. Mientras á nosotros nos dividen y desangran miserias y ruindades, ellos consolidan sus fuerzas, levantan el nivel moral de sus ciudadanos y adquieren el respeto que á nosotros nos niegan grandes y pequeños.

En todos los pueblos americanos ha cesado ya el imperio tenebroso del personalismo. Los que ayer no más eran víctimas de *caciques* semejantes á los nuestros, principian á regenerarse á impulso de sus partidos de ideas. Díganlo el Ecuador y Bolivia. Sólo nosotros constituímos la excepción.

El *fetiquismo* político dominante en el Perú sería menos envilecedor, si nuestros caudillos fueran hombres superiores. Se concibe el vasallaje rendido á un Wáshington ó un Juárez; mas para entender la prosternación de nuestros conciudadanos ante un Cáceres, un Candamo, un Piérola ó un Valcárcel, se necesita bajar al último límite de la pequeñez humana.

¿Por qué vinculamos la suerte del país á la existencia de un individuo? Llámese como se llamare, ningún caudillo tiene vida ni fuerza bastantes para modificar radicalmente el carácter de su pueblo. Los grandes progresos de la humanidad representan la sabiduría y el vigor colectivos de muchos hombres, de poderosas asociaciones intelectuales y morales, de una serie no interrumpida de principios y verdades tenazmente propagados. Los pueblos avanzan impelidos por las doctrinas, nunca por los *fetiches*.

¿Por qué los principios no han de merecernos más amor que los caudillos? Identificarse con un ideal, sentir sus palpitaciones y afanarse por realizarle ¿no es más honroso que satisfacer la vanidad, la ambición y el capricho de un individuo? ¿Cabe siquiera comparación entre lo uno y lo otro? Si por algo podemos diferenciarnos de algunos seres inferiores es por la conciencia de nuestra dignidad; cuando la perdemos, en todo ó en parte, dejamos de ser hombres. Lo mismo ocurre con las naciones; lo mismo sucede hoy en el Perú.

Conviene repetir lo que dijimos en 1894:

“El porvenir nos emplaza á una guerra

de hechos brutales, que sólo la fuerza de las doctrinas puede aniquilar.”

¡Ojalá sean escuchadas nuestras voces de alarma! ¡Ojalá no se pierdan en el vacío este clamor de honradez y patriotismo, este llamamiento á la dignidad de nuestros conciudadanos, este anhelo de regeneración y vida, íntimo y sincero, no sólo por nosotros y nuestros hijos, sino por todas las generaciones que nos sucedan! Si nuestros padres perdieron una faja de territorio porque les corrompió el personalismo ¡no perdamos nosotros, por la misma causa, hasta la vergüenza de vivir en un pueblo escarnecido por unos cuantos mercaderes!

## GACETILLA

«El Tiempo» reclama el auxilio del país en favor del pierolismo agonizante.

¿No juzga suficiente la cooperación de Julio Hernández, es decir, la cooperación de «El País» de Polvos Azules?

No, sin duda.

I bien; ¿qué le cuenta al país, á la nación, al pueblo?

¿Quién ofendió más á la comunidad nacional, quién pisoteó más los derechos de la ciudadanía peruana, quién violó la libertad de sufragio con más descaro que el grupo pierolista?

¿Quién impuso á Romaña en la presidencia de la República, á este Romaña contra quien echan hoy rayos y centellas los agiotistas de la Colmena?

Don Nicolás.

Pues que don Nicolás se agarre con sus uñas, y si están romas ya y no le sirven para evitar el costalazo, mejor y mucho mejor! Ya es tiempo de que se cumpla respecto de é este proverbio: *No hay mal que dure cien años.....*

*Ni cuerpo que lo resista*, dice la segunda parte, que en este caso se refiere al Perú, cuerpo sin alma en épocas, que aguanta mil ultrajes, pero que, ciertamente, no podrá resistir sin rodar á la tumba un siglo de este régimen podrido y exactor hasta lo inverosímil.

De modo que el país tiene que presenciar con íntima fruición el derrumbamiento de los hombres de Dreyfus y de la *débácle*, sin batir palmas por eso á los logreros que pretenden consoldarse sobre el deshecho de esa bandería, para continuar escarneciendo y esquilmando a los pueblos de la República, invocan lo frases huecas, falsos principios y la razón del Mausser y del sable.

Que caiga hoy el pierolismo bajo el enorme peso de sus crímenes, arrastrado por la soga de que nos habla el graficismo popular, enre-

dado en las mismas trampas que él armó para burlarse indefinidamente de este pueblo cuyo socorro implora con invencible inmensurable.

Así caerán mañana, en un mañana próximo, los mercaderes voraces i jesuítas que actúan en nuestro escenario político bajo la denominación de civilistas; denominación que es la primera mentira con que injurian al pueblo que les oye, esos hombres que en 1876 impusieron un gobierno militar é inepto á la República, y que hoy andan haciendo carantoñas al galoneado déspota de 1894, al soldado engreído que en 1888, empujaron por el camino del mal, entre el humo de quinientos turibulos; al breñero titán venido á menos, cuyas últimas ambiciones halagan para convertir en apoyo y en instrumento de fechorías contra la libertad, la espada que reflejó rayos de gloria desde Tarapacá hasta Huamachuco!

Que caigan, que se hundan, que se pudran y pulvericen pronto, lo más pronto posible, todas las gavillas de los politiqueros sin pizca de patriotismo y sin sombra de sentido moral á quienes debe el Perú su gravísima postración del presente y todas las paginas bochornosas de su historia.

El país, es decir, la mayoría, la inmensa mayoría—honrada y sedienta de justicia—de los peruanos, ya que no puede levantarse en el día para aplastar de una vez y para siempre á todo ese vandalaje; que aplauda, siquiera, que aplauda fuerte y de corazón el espectáculo que le ofrecen los cómplices de ayer, hoy en lucha repugnante y bajísima que nos los exhibe como nunci, en toda su deformidad.

No invoque, pues, «El Tiempo» el auxilio del país en favor de la bandería á quien sirve, pues pierde tiempo así y contribuye á hacer más vergonzosa la agonía de esa apestada agrupación política. El país abre caucha para que se destrocen mutuamente los leprosos!

El país ríe de las protestas de patriotismo y amor a la libertad que en boca de pierolistas y civilistas resaltan como declamaciones corderófilas y protestas de vegetarianismo y sobriedad en boca de lobo.

El país prepara, mientras sus verdugos tradicionales se desgarran entre sí, los materiales con que debe construir el edificio nacional—democrático y sin mancha—del porvenir!

\* \* \*

Se nos ha dirigido del Centro, la siguiente denuncia que no es posible pasar por alto. No sería extraño que tales informaciones resultaran confirmadas por los hechos.

¿UN NUEVO PAZUL?

Se asegura que la expedición á Comas ha

sido de consecuencias terribles: se ha flajelado, robado, fusilado, incendiado y secuestrado á dos chiquillas (hijas de las víctimas), una de las cuales se ha traído para la familia La Fuente. ¡Un regalo humano! Varios de los flajelados se encuentran detenidos en la cárcel de Tarma; y un empiríco y un médico nombrados para practicar el reconocimiento de esos infelices, parece que horrorizados desearan desfigurar un tanto la gravedad de las cosas.

Se habla de que Zaballos ha puesto en movimiento toda influencia posible para atenuar tan horrendos crímenes.

¿Qué habrá de cierto en todo esto?

El gobierno debe convencerse por medio de los detenidos en Tarma, y saber así lo que hubiera de *falsedad*, ya que se nos dice que tales noticias tienen un tanto por ciento de verdad.

No necesitamos añadir que los representantes independientes están en el caso de aclarar, con toda energía, el fondo de estas aseveraciones.

¿Seremos atendidos? ó tendremos que sepultarnos cincuenta piés bajo de tierra para no seguir presenciando lo espectáculos semejantes?

## LITERATURA

### EL SUPPLICIO DE ANTEQUERA

#### I

Con maestría indiscutible ha satisfecho Carlos Germán Amézaga uno de los deseos más generosos del Dr. Vigil: la perpetuación en un buen drama de la iniquidad cometida por los jesuítas con don José de Antequera.

Para el viejo apóstol del liberalismo nacional, para esa inteligencia enteramente inclinada al bien, para ese corazón tan manso como justo, era preciso que un escritor joven y de talento se apoderara, por decirlo así, de la vida de Antequera, y amándola mucho, mucho, llegara á sentir la necesidad de vaciarla en uno de los moldes más elevados y más geniales del arte: el drama.

Y Vigil tenía razón: no basta la historia para hacer imperecedera la existencia de un hombre ó de una causa. En América, y en el Perú especialmente, los estudios históricos pueden considerarse como patrimonio de unos cuantos. Hasta el pueblo apenas llegan uno que otro nombre y uno que otro hecho. Además, tiene el arte la virtud de dar la consistencia del granito á seres y cosas, de producir en el ánimo de las muchedumbres—ilustradas ó ignorantes—emociones profundas y regeneradoras. Y esto era precisamente lo que quería el Dr. Vigil; lo que anhelaba

que sucediese con la dramatización del suplicio de Antequera, del hombre generoso que defendió en el Paraguay la vida, el honor y el derecho de millares y millares de indios, brutalmente explotados y escarnecidos por la Compañía de Jesús.

A parte de esta consideración, que bien pudiera creerse meramente filosófica ó educativa, el Dr. Vigil vió en la historia de Antequera, elementos artísticos de primera fuerza para constituir un drama. En una época de barbarie é ignominia se levanta un espíritu culto, vigoroso y noble á sostener la causa de la humanidad, la civilización y la justicia, á emprender una lucha casi titánica contra dos grandes poderes; representado el uno por la autocracia de hombres indomables como Morcillo y Castelfuerte, y el otro por la perfidia y la maldad infinitas de los discípulos de Loyola. ¿Qué fin personal quería satisfacer Antequera en esa lucha? ¿Qué buscaba para sí? Con mengua de sus intereses apoyó á los indios contra los jesuítas. De aquellos no obtuvo ni podía obtener nada; de estos sí habría conseguido honores y riquezas, como tantas y tantas veces se lo manifestaron. ¿Quiso ser siquiera un caudillo político como Túpac Amaru? Lejos de él todo pensamiento subversivo. Nadie le inculcó nunca propósitos emancipadores. Su ideal era completamente humano, sin otra trascendencia que el amparo de débiles y oprimidos y el triunfo de la justicia sobre la concupiscencia de una clase social. Fué, en pocas palabras, un carácter.

Hay que colocarse en el medio en que evolucionó Antequera para valorizar ampliamente la superioridad de ese hombre. ¿Qué debía representar en el Paraguay? El despotismo de la monarquía española, esa mezcla de codicia y temeridad que costó tantas vidas, asoló tantos pueblos, destruyó las virtudes de tantas razas y convirtió tantos seres en carne de vicios y podredumbre. Pero representó precisamente lo contrario: su obligación era contribuir al vasallaje de los indios y favorecer de todos modos los intereses de los explotadores. Sin embargo, hizo lo que su corazón le ordenó que hiciera, y faltó á sus deberes de súbdito de un rey avaro, inhumano y amparador de criminales. No quiso ser un hombre de su tiempo, sino una excepción, un verdadero anacronismo, como las Casas y Pí y Margall. Antecesores y sucesores de Antequera en la gobernación del Paraguay ¿sintieron por los indios la misma piedad que él? Todos contemplaron las infamias de la Compañía de Jesús; pero todos las sostuvieron: sólo á Antequera le inspiraron horror la explotación y matanza de indios, el saqueo de poblacio-

nes, el envilecimiento de una raza, el imperio, sin contrapeso, de la más cruel y más irritante de las barbaries. Es que Antequera tenía lo que no poseyeron ni Reyes, ni Ros, ni Zavala, ni ninguno de los gobernadores del Paraguay: tenía alma bien puesta y por eso amaba á los pequeños.

Aumentan el interés dramático de la vida de Antequera, las ruindades de los jesuítas para perderle y conseguir su condenación; la terquedad de Castelfuerte para desoir los clamores de Lima en favor de la víctima de los hijos de Loyola, y la circunstancia especialísima—presentida por Amézaga y justificada por la historia—de haber mediado en el fallo de uno de los jueces de Antequera, el deseo de vengar un *secreto agravio*. ¡Qué no hicieron los jesuítas para obtener la muerte de su enemigo! Como dominaban en el Paraguay, formaron un proceso inicuo; como prevalecían en la corte de Felipe V, ese engendro de torpeza y sensualidad, consiguieron una real orden para que la victimación de Antequera se verificara pronto y en Lima, y como su influencia con Castelfuerte era avasalladora, le indujeron á despreciar suplicas y lágrimas, á escarnecer ferozmente la justicia.

## II

Estos elementos son la base del drama de Amézaga. ¿Los ha aprovechado bien? Indudablemente que sí. Allí vemos en acción toda la perfidia del jesuítismo, toda la autocracia del Virrey, toda la superioridad de Antequera y toda la simpatía que despertó en Lima la causa de ese hombre. El interés dramático está en la pasión de doña Elvira, la esposa del oidor que condenó á Antequera para libertarse de un rival. Esa pasión se desenvuelve con naturalidad, hermosura y verdadera sicología, en los cuatro actos del drama. Nada hay fingido, nada arbitrario, nada ilógico. Desde su presencia en Palacio para solicitar de rodillas el perdón de Antequera hasta su enloquecimiento en la cárcel, cuando va á despedirse del hombre amado, y desde su choque con el oidor hasta el asesinato del padre Murguía, el personaje de Amézaga es un ser enteramente humano, vivido y bien vivido por el artista.

Otro tanto puede decirse de los demás personajes del drama. ¿Qué tacha hay que oponer á Murguía, á Castelfuerte, á Cepeda, al capitán Almendáriz, á Lucas y á Petra? Todos están en su papel, de principio á fin.

En el tercer acto aparece Antequera. Allí llega el drama á su período álgido. Lo inicia Antequera con un monólogo digno de la pluma de Shakspeare. Breve, enérgico, sen-

tido, una verdadera explosión de sentimiento, algo así como un arranque sublime de patriotismo y virilidad. Viene luego el idilio con doña Elvira; y ¿quién no experimenta emoción intensísima al contemplar el encuentro de esas dos almas nacidas para amarse y torpemente separadas por la implacable autoridad de una familia? Es un cuadro de bellísimo efecto. Un condenado á muerte que principia á saborear la esperanza de ser libre; un hombre que siente con mayor intensidad que nunca el ansia de vivir; un corazón que olvida sus amarguras y las malignidades de los hombres porque tiene en sus brazos á la mujer adorada, á la única que puede devolverle las alegrías de la juventud, eso que dura tan poco y buscamos con tanto anhelo, ya de niños ya de viejos. Y al lado de los ensueños de ese hombre vemos el eterno dolor de las mujeres, aquel continuo batallar entre el corazón y el deber, entre el desbordamiento de un cariño profundo é inmaculado y la sujeción, cuando son vírgenes, á los caprichos paternos, y á las mentiras convencionales de la sociedad, cuando son esposas. Y á esta realidad se une otra: la muerte de anhelos íntimos cuando más inmediata creemos su consecución. La felicidad es como el hijo de la *mère Jary* de que nos habla Béranger: su ilusión nos acompaña toda la vida y cuando vamos á cogerla se desvanece en nuestros brazos. Así se desvanece en el drama de Amézaga la felicidad de Antequera y Elvira, así termina aquel idilio dramatizado por nuestro compatriota. Si no hubiera más en la obra de Amézaga, eso sólo bastaría para hacerla figurar entre las mejores producciones del arte escénico. Pero hay más en el tercer acto: la sublimidad del padre Martínez. Clérigo ó seglar ¡no importa! la figura de ese hombre agiganta el mérito de la escena pintada por Amézaga.

## III

Desde el punto de vista meramente artístico ¿qué defectos tiene *El suplicio de Antequera*? Algunos de detalle, y nada más que de detalle. Convendría modificar, por ejemplo, un rasgo de la entrevista de doña Elvira con Castelfuerte. No resulta la inmediata prosternación de la primera ante el segundo, porque no es una madre quien va á pedir por su hijo, ni una esposa por su marido, sino una mujer por un hombre, con quien la liga un amor que no puede revelar. Doña Elvira fué á Palacio, como fueron tantos, á cumplir en lo exterior con un deber de humanidad, lisa y llanamente. La prosternación causaría buen efecto si se realizara cuando Castelfuerte descubre el verdadero móvil de la conduc-

ta de doña Elvira. Tampoco *resulta* la escena de Lucas y Petra en el 4.º acto. El público no acepta, por dos razones, el coloquio amoroso de la mulata y el soldado español en esos momentos: la 1a. porque no es real y la 2a. porque hace desmerecer el efecto del desenlace. Otro punto discutible es el enloquecimiento de doña Elvira. Dramática y psicológicamente está justificado; pero preferible sería que no estallara hasta el final.

Bien se ve que estas ligerísimas imperfecciones—á las que agregaron los actores la división del 2.º acto—valen bien poco ante la galanura de la versificación, la arrogancia con que se desarrolla el drama, el estudio concienzudo de los caracteres y la emoción intensísima que sienten los espectadores en casi toda la obra de Amézaga, donde no hay efectismos de palabras, sino de hechos, y de hechos naturales, humanos, vividos por el artista. Amézaga ha realizado algo que manifiesta superioridad intelectual: convertir en personajes suyos, enteramente suyos, á seres reales y positivos, sin hacerles perder ni un ápice de su verdadera naturaleza. Y de ello debe estar satisfecho nuestro compatriota, mal que le pese á *Gil Guerra* y á cuantos como él pueden sentir sobre el cráneo el golpe de muerte asestado *por Cristo* á la Compañía de Jesús, en la persona del padre Murguía. Hasta en esto es bella la concepción simbólica de Amézaga: el fundador del cristianismo destruyendo á los más criminales de sus discípulos.

No faltará quien considere estos renglones como una defensa apasionada de *El suplicio de Antequera*, tanto por ser Amézaga amigo nuestro cuanto por la índole del drama. A los que así piensen les diremos que nada nos importan la amistad y nuestras ideas cuando juzgamos producciones literarias. En oposición á los necios que citan á Guyau para autorizar ataques rabiosos, personales y sin fundamento, seguimos el consejo que ese mismo Guyau da á los críticos, en *El arte desde el punto de vista sociológico*: prescindimos, en lo posible, del autor y nuestras ideas y juzgamos *la obra en sí*. Por eso no nos espanta el cristianismo de Antequera y del padre Martínez, ni nos irritan las divagaciones místicas de doña Elvira. Allá los señores de *El Libre-pensamiento* pueden llamar apostasías de Amézaga á lo que no es sino la exteriorización del estado psicológico de seres creyentes, cristianos, como los de la época en que se desarrolla el drama. Para esos señores habrían sido sublimes, blasfemias y heregías en labios de los personajes de Amézaga; pero entonces ¡adiós verdad histórica! ¡adiós verdad dramática! Cuando

se trate de llevar á la escena la vida de algunos librepensadores, habrá que urdir una pieza en que á los apóstrofes antireligiosos se una el degüello de clérigos, monjas y frailes.

Como dice Guyau y como lo sabría *Gil Guerra* si conociera realmente las obras de ese pensador y no le citara de tercera ó cuarta mano, "en los espíritus demasiado críticos hay á menudo cierto fondo de *insociabilidad*, que nos obliga á desconfiar de sus juicios, como ellos deben desconfiar de sí. ¿Por qué el juicio de la multitud, tan grosero en las obras de arte, es, sin embargo, muchas veces, más justo que las apreciaciones de los críticos de profesión? Porque la multitud *no tiene personalidad que resista al artista*." Quien sólo encuentra defectos en una obra aplaudida por la multitud ¿merece el nombre de crítico, en la altísima acepción de esta palabra? O es maligno ó es envidioso, y en ambos casos carece de derecho para expresar su juicio.

Nosotros, que somos como la multitud, *sin personalidad que resista al artista*, según el dicho de Guyau, aplaudimos *El suplicio de Antequera*.

RODIN.

## AVISOS

# GERMINAL

Los catjes y las comunicaciones referentes á este semanario, deberán remitirse al local de la Administración, calle de Jesús Nazareno N.º 10, establecimiento del señor Dionisio Ramírez.

### SUSCRICIÓN:

#### En Lima

Por cuatro números.....	20 cts.
Número suelto.....	5 »
Atrasados.....	10 »

#### En Provincias

Por trimestre de 12 números	75 cts.
Número suelto.....	6 »